

Guido M. Cappelli, *El humanismo romance de Juan de Lucena: Estudios sobre el «De vita felici»*, Bellaterra (Barcelona), Seminario de literatura medieval y humanística de la Universidad Autónoma de Barcelona (Publicaciones del Seminario de literatura medieval y humanística. Segunda serie), 2002.

Los latinos lo convirtieron en adagio: 'audentes Fortuna iuvat', y audaz es, desde luego, la obra que reseñamos. Desde las primeras líneas de su libro, Cappelli se revela (y rebela) como un inconformista que, lejos de sentirse cómodo con las etiquetas tradicionalmente aceptadas, necesita crear otras nuevas a la medida de necesidades que no siempre se han tenido en cuenta. Para ello, no le importa entrar en discusión con estudiosos de la talla de María Rosa Lida, Jeremy N.H. Lawrence o Francisco Rico, propugnando enérgicamente un nuevo punto de vista en la discusión sobre el humanismo castellano. En este caso, el argumento aducido para hablar o no de ese fenómeno va a ser la presencia de unos temas recurrentes, temas de actualidad sobre los que se discute apasionadamente en los círculos culturales italianos y que en Castilla se van a convertir en una serie de lugares comunes de los que un grupo de autores, formados en Italia y con unas características determinadas, se va a hacer eco. Esa es, en esencia, la tesis central del libro de Cappelli. Por más que aparente disfrazarlo de una completa y erudita introducción al *De vita felici* de Juan de Lucena (texto del que necesitamos urgentemente una buena edición), el lector descubre casi de inmediato que es una mera excusa. Lucena es solo la punta del iceberg, la excusa perfecta para poner de manifiesto una vez más la precariedad de las investigaciones sobre el humanismo castellano (salvo un puñado de honrosas excepciones, señaladas con alegría por el autor) y la necesidad perentoria de conocer realmente los textos y los autores de esa época, sin reducirlos a etiquetas muertas o estereotipos forzados.

Los primeros capítulos, sin embargo, sirven para ilustrar al autor y la obra sobre la que se construirá tan interesante teoría. Aún así, Cappelli no se limitará a redactar un discurso con los retazos

de lo que han dicho otros estudiosos, sino que discutirá largamente sobre ellos, deshaciendo de un plumazo más de una hipótesis indemostrable o matizando un buen número de cuestiones no siempre bien entendidas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el capítulo dedicado a la biografía de Juan de Lucena, en el que muestra que no hay motivos serios para prolongar su estancia en Roma más allá de 1464 o lo poco probable que resultan sus viajes a Nápoles en 1454-1455 y 1458. O con el mismo título de la obra, *De vita felici* (y no, como se había venido repitiendo desde hace más de un siglo *De vita beata*, confundiendo *titulus* y *nomen*). Lo mismo podemos decir del largo apartado en que el estudioso napolitano analiza las profundas diferencias que separan el texto de Lucena de su conocida fuente, el *De humanæ vitæ felicitate* de Bartolomeo Facio (1445), pues resulta que no se limita a adaptarlo, ampliando y resumiendo algunas de sus secciones, sino que suprime muchísimo (quizá, simplemente, porque el tema no se podía trasplantar sin más a la Castilla del momento) e introduce una buena cantidad de material original, convirtiendo su texto en algo completamente nuevo e, incluso, de un género (la *literatura de estados*, de la que, por lo demás, el autor también esboza un rápido panorama al principio del volumen) radicalmente distinto.

Fijadas esas premisas, Cappelli disecciona cada uno de los elementos constitutivos del tratado y los contempla en la perspectiva de su época: el diálogo humanista y la apuesta por el castellano (teniendo como telón de fondo, por supuesto, la *translatio studii*); la elección de los personajes (donde la aparición de un alto dignatario eclesiástico, un noble letrado y un 'intelectual profesional' contrastan notablemente con los personajes originales de Facio) y el marco narrativo (constituido esta vez por la corte de Juan II de Castilla). También la estructura de la obra (dividida en tres partes, frente a las dos de Facio) y el banquete celebrado durante su charla son analizados detenidamente, atendiendo a su significado en el entramado cultural de su momento. Acto seguido, pasa revista a los principales temas y estados tratados a lo largo de la obra, incidiendo sobre todo en los privados, los letrados y los clérigos.

Un tercer capítulo analiza la relación de Lucena con las literaturas clásicas, fundamentalmente la latina, a través de los *exempla* aducidos en su obra; primero en su función literaria, pues son casi el único recurso argumentativo del texto (distinguiéndose así, una vez más, de Facio), y después en el contexto cultural de cada uno. No nos sorprenderá, pues, que si Escipión el Africano es aducido como modelo de príncipe «que nunca era menos ocioso que cuando estava ocioso, nin menos solo que quando estava solo», echando mano de Cicerón (*De officiis*, III, *præf.*), ese mismo detalle y esa

autoridad hubieran aparecido anteriormente en los escritos del Marqués de Santillana, Juan de Mena y Fernando de la Torre. Cappelli se extiende también sobre otras figuras, a veces muy famosas (César, Hércules, Alejandro Magno) y otras casi desconocidas (Gayo Plocio o el «maligno Crisipino», el miserable esclavo egipcio creado por Juvenal). Ese trabajo, además, le permite rastrear con bastante fidelidad las lecturas de Lucena, entre las que destaca un más que probable conocimiento de Plutarco.

Pero sobre todo es especialmente interesante el último capítulo, centrado en la exposición y discusión de los diferentes temas tratados en el *De vita felici*, relacionándolos con los que se estaban discutiendo al mismo tiempo en Italia, en los círculos humanistas, y que de alguna manera se habían ido filtrando en las letras peninsulares. Es el caso, por ejemplo, de la relación del monarca con sus súbditos, la conocida discusión de si el príncipe debe ser amado o temido que todos los manuales ejemplifican con Nicolás Maquiavelo, pero que Cappelli rastrea también en el Marqués de Santillana, Juan de Mena, Gómez Manrique, Diego de Valera o Rodrigo Sánchez de Arévalo. De igual manera se contemplan la legitimidad de la guerra contra los infieles, que había sido apuntada también por Alonso de Cartagena, Juan de Mena o, más tarde, por Fernando de la Torre; la exaltación de la pobreza (solo lejanamente de corte horaciano), tema sobre el que se pronunciaron el Marqués de Santillana, Juan de Mena o Fernán Pérez de Guzmán; o la defensa de los conversos —propugnando la unidad de los cristianos, rota por los intereses de un puñado de nobles—, y para la que aduce la autoridad de Alonso de Cartagena y Diego de Valera. La crítica a los abusos religiosos, por último, centrada en la famosa Donación de Constantino, sobre la que se pronunciaron personajes como Dante y, más tarde, Lorenzo Valla, se documenta, por ejemplo, en Fernán Pérez de Guzmán o Diego de Burgos, poniendo así de relieve su alcance —en realidad, no muy amplio— en las letras peninsulares. Se trata, en suma, de temas que circulaban más o menos profusamente en los círculos humanistas y que Juan de Lucena, como otros autores del siglo XV —aunque cada uno lo hiciera según sus intereses y sus limitaciones—, retoma en las letras castellanas.

Más allá de las páginas del libro, uno de los principales méritos de la operación llevada a cabo por Cappelli radica en las numerosas discusiones que planteará a sus buenos lectores. No dudo ni por un instante de que Cappelli es consciente de que las páginas de su monografía no eran suficientes para albergar tantas alusiones, así que parece haberse limitado a apuntarlas, dejando las matizaciones o las ampliaciones para más adelante. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la epístola de Fernando de la Torre a Enrique IV, que ha-

bría que contemplar en el contexto concreto de la cruzada promulgada por Pío II en 1458 y en la forma en que ésta fue recibida en Castilla; o a lo inteligentemente que renuncia a tratar el supuesto carácter converso de Juan de Mena, tema en el que el medievalismo al uso habría perdido un buen número de páginas. Sabe a poco la comparación, apenas esbozada, entre el *De vita felici* y el *Speculum vitæ humanæ* de Rodrigo Sánchez de Arévalo (1467-1468; traducido al castellano en 1491), y en ese mismo sentido se echan en falta algunas alusiones más a la figura de Alonso Ortiz, aunque hay que reconocer que incluir en la discusión a un personaje como este, de difícilísimo encasillamiento, la habría lastrado inútilmente y nos habría desviado mucho del motivo central: Juan de Lucena. Son puntos, todos, que el autor demuestra conocer muy bien, pero que se limita a esbozar aquí y allá, dejando en manos del lector hacer una última relación.

Desde todos esos puntos de vista, los que plantea claramente y los que solo apunta, el trabajo de Cappelli se revela como una lectura imprescindible no solo para los estudiosos de Juan de Lucena, sino para todos los interesados en la historia de la literatura y la cultura castellana del siglo XV. Es una apuesta clara, valiente y renovadora sobre una generación de humanistas (o, si todavía se quiere, prehumanistas) que tradicionalmente había quedado arrinconada entre los frustrados esfuerzos de Santillana y Mena y la figura descollante y arrebatadora de Nebrija; la generación de los primeros estudiosos castellanos formados culturalmente y de manera decidida en la Italia humanista; la generación de Juan de Lucena, Alfonso de Palencia, Rodrigo Sánchez de Arévalo, Pedro González de Mendoza..., que ahora aparece ante nuestros ojos con unas características bien definidas.

Rafael Ramos  
*Universidad de Gerona*

Maricarme Gómez Muntané, *La música medieval en España*, Kassel, Ed. Reichenberger, 2001.

Al principio fue el tortosino Felip Pedrell (1841-1922), fundador de la ciencia musicológica en la Península Ibérica, quien exhumó el gran patrimonio hispánico del Renacimiento y de la música popular. Después siguió el tarraconense Mn.Higini Anglès